VICTORIA

Nelson Bello

Image not found.

Capítulo 1

PREFACIO

La vida puede cambiar de un segundo a otro o puede hacerlo progresivamente como me sucedió a mí, poco a poco, día tras día, mes tras mes, año tras año todo se destruía de la misma manera que una gota de agua puede romper una gran roca, más por la insistencia que por la fuerza con la que golpea, me gustaría decir que llego ese momento en el que todo cambio para bien, pero la realidad fue que cada día todo empeoro, hasta que nos convirtieron en esclavos dentro de un sistema autoritario.

Muchos lograron huir a tiempo a manera de grandes oleadas a otros lugares en los que podían estar seguros, cuando los analistas alertaban lo que ocurriría en un futuro no muy lejano, otros éramos demasiado jóvenes como para poder decidir qué hacer con nuestras vidas, para mamá y papá esos analistas eran unos pesimistas que estaban equivocados, pero más en lo correcto no podían estar, ambos pasaron su vida atados a sus empleos que terminaron acabando con ellos.

Ahora en este lugar las personas caminan de un lado a otro arrastrando sus pies, con la mirada perdida y sin esperanzas, resignados a aceptar sin quejas todo lo que ocurra de ahora en adelante. No hay casi personas de mi edad, todos son muy mayores o demasiado pequeños. Mi generación paso de ser una de las más prometedoras a convertirse en la generación de los nómadas.

Yo solo podía hacer todo lo posible por sobrevivir a diario por él, pero no desperdiciaría la más mínima oportunidad para lograr escapar muy lejos de allí.

CAPITULO I: ESO ERA YO

Desperté cerca de las seis de la mañana como solía hacerlo a diario, mamá desde muy pequeña intento enseñarme que cada mañana debía dar gracias a Dios por la dicha de tener un nuevo día con vida para compartir con las personas que quería, pero en ese punto de mi existencia sentía que no tenía nada que agradecer mientras siguiera despertando en el mismo lugar.

Como de costumbre me sentía con mucho sueño, solía dormir tarde para despertar muy temprano, a diario deseaba que mis días fueran más largos, pues 24 horas no eran suficientes para todas mis responsabilidades que sobrepasaban con creces las que me correspondían a mi corta edad de veinte años.

Recién había comenzado el verano en la ciudad por lo que la temperatura alcanzaba al menos unos 30° grados centígrados desde tempranas horas de la mañana, así que esa mañana desperté empapada en sudor, como de costumbre al levantarme lo primero que hacía era parame de la cama para abrir lo que quedaba de aquellas persianas negras que había colocado mamá al menos hacían diez años atrás en mi habitación con la esperanza de ver algo distinto a través de los vidrios rotos, pero al igual que todos los días de los últimos cuatro años todo seguía igual o bueno lo describiría mejor como igual empeorando poco a poco.

Vi pasar a ese chico pelirrojo con pecas que era uno de los pocos chicos de mi edad que quedaban en la ciudad, su nombre era Jean, en ese instante me di cuenta que se me estaba haciendo tarde, a diario él siempre pasaba a las seis y treinta de la mañana por allí. Cerré lo más rápido que pude esa ventana para ir a despertar a Charlie mi hermano menor para que se arreglase, pero al llegar a su habitación escuche el sonido que hace el agua cuando choca contra el piso, como de costumbre le grite que por favor no acabase la cubeta de agua para poder bañarme un poco yo luego.

Extrañaba mucho ducharme con la regadera, no había tenido el placer de poder bañarme en una desde hacían unos tres años al menos, el agua llegaba en casa solo por veinte minutos una vez a la semana, no era un chorro abundante, diría que era un chorro medio, en ese periodo de corto tiempo no podía tomar una ducha ya que debía llenar la mayor cantidad de envases posibles para que pudiera alcanzarnos al menos unos tres días.

Como era fin de mes lo único que había en la cocina eran un par de mandarinas que había cosechado en el patio trasero de la casa, sembrar en los jardines era algo que muchos en la ciudad practicaban para solventar un poco la crisis de la comida, sin embargo, esta no eran una gran solución ya que siempre había personas que aprovechaban la más mínima oportunidad para meterse a tu patio para robarse tu cosecha.

En varias ocasiones sorprendí a varios adolescentes intentando llevarse mis mandarinas, cambures, lechosas y auyamas. A nuestra vecina Danna como pasaba poco tiempo en casa casi siempre la dejaban sin una sola fruta o verdura en su huerto. Como Charlie se encontraba en pleno crecimiento le dejé una mandarina y media mientras yo solo me comí la mitad de una. Cuando yo tenía su edad mamá hacia omelette, waffles, pan con huevos revueltos y tocino, cereal, una gran variedad de desayunos, ahora esos eran lujos que solo los praesidios se podían dar.

Cuando finalmente Charlie salía del baño entre para bañarme, pero como de costumbre se había acabado toda la cubeta de agua, lo

acompañe a su habitación para arreglarlo con su franela blanca de la primera que desde que comenzó lucia amarillenta por el tiempo que llevaba guardada en casa de la abuela fue de las que uso uno de nuestros primos hacían más de seis años cuando estuvo en el colegio. El short azul marino que estaba desteñido, me hubiera gustado que él tuviera las mismas oportunidades de lucir bien que tuve yo.

En la primaria mis franelas siempre fueron muy blancas, mamá siempre las lavaba con productos de limpieza que actualmente habían dejado de existir o muchos eran inaccesibles para nosotros. Las faldas siempre teñidas, mamá solía comprarme varias nuevas cada tres meses, así como una nueva mochila y zapatos para reemplazar a los ya desgastados. Charlie con suerte tenía una mochila que había guardado hace algunos años que se podía reparar con uno que otro parcho de tela.

A pesar de todo el siempre lucia tranquilo y feliz, sus ojos cafés brillaban como nada en el mundo, la sonrisa que dibujaban sus labios gruesos, era la que a diario me daban un poco de ganas de seguir adelante, sobre su camisa amarillenta coloque su pullover que en algún momento fue verde oliva. Arregle sus rizos como pude para que a pesar de todo luciera bastante bien.

Luego de esto, se sentó en la mesa para devorar sus mandarinas, yo fui para la habitación a intentar arreglarme un poco frente a aquel espejo roto que había en mi habitación además del que sería el que permanecería allí por el resto de mi vida pues reemplazar algo que se dañara en casa solo era posible para aquellos que trabajan en la seguridad del estado. Allí algo entrecortada visualizaba mi imagen mi cabello negro azabache un poco maltratado por la falta de productos de belleza, mis ojos cafés con aquellas ojeras que ni teniendo la posibilidad de comprar algún corrector de ojeras sería posible ocultar.

Mis labios pálidos que no podía pintar pues hacia mucho que no sabía que era un labial, pero al menos trataba de lucir mi mejor sonrisa a diario, aunque por dentro me quebrara más y más a diario. Aquella franela para trabajar que en algún momento fue de color rojo intenso ahora estaba desteñida si acaso ahora se acercaba a un rosa muy claro, el pantalón azul marino era casi celeste y mis viejos zapatos desgatados que había estado usando por al menos unos cinco años.

Al estar arreglada, tome mi mochila junto con Charlie para llevarlo al colegio como era muy cerca nos íbamos caminando, él se quejaba porque el día anterior en el almuerzo solo les habían dado arroz con un poco de tomate, yo sonreí diciéndole que agradeciera pudo comer algo al menos, pero el odiaba los tomates. En mis tiempos los almuerzos incluían arroz, pollo, ensaladas, jugo y un postre. El vil engaño que utilizaron para luego arrodillarnos a todos, como aún no había comido la mitad de mi mandarina se la di a él, por si les daban algo que no le

gustara.

Al dejarlo en frente del colegió le pedí de que por favor hiciera las tareas, que se comportara, él solo guiño los ojos sonriendo, le día un fuerte abrazo. Yo debía caminar al menos unas cuatro cuadras más para tomar el tren que llegaba a mi trabajo, hasta hacia unos dos o tres años podía tomar un autobús que me dejara en la parada, pero los mismos habían dejado de funcionar progresivamente hasta que no quedo nisiquiera uno, todos debíamos caminar hasta la parada de tren que tuviéramos más cerca.

Los primeros días era bastante agotador hacerlo, pero luego al igual que con todo los que nos restringían nos acostumbramos, ya no era tan difícil hacerlo, había personas incluso a las que les parecía hasta saludable hacer eso.

Cuando estuve en la estación de tren más cercana, estaba el lugar colapsado había muchas personas intentando abordar, luego una anciana de unos sesenta años me informo que el tren se había detenido porque en una estación previa a esa una persona se había arrojado a las vías para acabar con su vida, algo que era muy común últimamente en la ciudad, los primeros casos consternaron a muchos, pero como todo lo anormal en la ciudad se hizo cotidiano a tal punto que ya nadie se sorprendía.

La apatía que tenían las personas por los otros era increíble, nadie se preocupaba por la razón por la que esa persona que no conocía se había arrojado al tren ni se condolían por como estarían sus familiares, todos murmuraban algunos en tono de broma, otros en forma de molestia sobre lo ocurrido. Muy a menudo me preguntaba a mí misma ¿En qué momento habíamos dejado de sentir empatía por el otro? Todos se habían convertido en personas egoístas, como decía mamá primero yo, segundo yo, tercero yo.

Estuve varada allí al menos unos veinte minutos, durante ese tiempo en muchas ocasiones noté como el pelirrojo que pasaba todos los días por frente de mi casa no dejaba de poner su mirada sobre mí, a menudo volteaba a ver encontrándome con su mirada, al principio no me molestaba, pero luego comenzó a incomodarme. Por los altavoces anunciaron un nuevo lanzamiento a las vías del tren por lo que se retrasaría al menos una hora más, también informaron que quienes entraran a trabajar a las ocho de la mañana si no llegaban a tiempo serian despedidos.

Muchas personas comenzaron a abandonar la estación para ir caminando a sus empleos, me causaba algo de risa el cinismo con el que hacían el anuncio pues la posibilidad de llegar tarde no era porque queríamos hacerlo si no por un problema en su sistema de transporte,

hacían unos seis o siete años las personas hubieran protestado por esa injusticia, pero como la mayoría eran unos sumisos éramos sus esclavos.

A medida que todos se iban yo me quedé allí, noté que el pelirrojo no se movía tampoco hasta que en un momento se me acerco para preguntarme la razón por la cual no me movía para irme caminando. Le respondí que no quería caminar.

-Es mejor que comiences a hacerlo –Dijo señalando algo a mis espaldas

Se trataba de un grupo de praesidios con sus trajes verde oliva futuristas, sus armas para amedrentar y como los criminales que eran con su casco negro. Eran aproximadamente unos doce o quince llegaron para desalojarnos a los que habíamos quedado en la estación, además habían venido para llevarnos arreados como ovejas hasta nuestros trabajos, el pelirrojo cuyo nombre era Zack caminaba a mi lado, los praesidios eran los encargados del orden público, los encargados de hacernos obedecer y a cambio de eso eran recompensados, era el trabajo soñado por todos los jóvenes.

Aunque las recompensas eran miserias tenían la oportunidad de llevar una vida relativamente normal con respecto al resto de nosotros. Uno de ellos se me acerco para pedirme mi carnet de identificación porque para ellos éramos solo eso un número, no éramos personas, vire mis ojos un poco sacando de mi bolsillo mi carnet. Se lo entregue. Puso su mano sobre mi hombro para luego decir con la voz robótica que les otorgaba ese casco que era muy bonita para estar tan amargada tan temprano, lo mire de reojo tomando mi carnet de vuelta.

Nunca me habían agradado los cuerpos policiales de la nación, antes de ellos existían los policías al igual que los praesidios eran unos vulgares criminales, pero con licencia. Se creían superiores por poseer un cargo en la seguridad, pero al fin y al cabo todos allí éramos pobres, pasábamos necesidades, nos afectaba todo lo que ocurría, pero ellos valían eso, un poco menos de miseria.

Luego le pidieron su carnet a Zack que iba caminando a mi lado, él lo busco en todos sus bolsillos, en su bolso y no lo encontró, se asustó un poco por esto. Al darse cuenta el praesidio que llevaba el carnet, lo tomo de un brazo llevándoselo casi que, a rastras, no era la mejor amiga de él, pero decidí ir tras ellos, otro de ellos me halo fuerte del brazo, diciéndome que no podía ir tras de ellos.

Vi el reloj de este praesidio eran las 7:30pm, debía apurarme o llegaría tarde a trabajar, pero no quería dejar a Zack a su suerte, pero tampoco me convenía me despidieran pues en la ciudad el único trabajo que había era trabajar para el estado, por lo que no era nada conveniente un despido. Cuando era pequeña el sueño de todos era trabajar en las

empresas privadas, pero eso se acabó, poco a poco todo el empleo se fue convirtiendo en propiedad del estado, desde la producción de comida hasta las ventas de repuestos y ferreterías, muchos no entendían esto al principio, pero ahora tenía una respuesta clara: Manipulación y chantaje. Si todos trabajábamos para ellos ¿Quién se iba a oponer a sus medidas? ¿Quién iba a ir en contra de ellos? Sencillamente nadie.

El praesidio trae a rastras de nuevo a Zack que ahora lucia algo maltratado, lo arrojó al suelo de golpe, yo lo ayude a levantarse, estaba algo consternado, me agradeció por haberlo ayudado. Caminamos a paso acelerado hasta encontrarnos a la multitud, nos ubicamos en el centro de la misma, aproveche el momento para preguntarle lo que sucedió cuando se lo llevaron, el parecía no querer hablar del tema pues me evadió varias veces, por lo que deje de insistir.

En medio de la multitud todos murmuraban quejándose de las personas que se habían arrojando al tren que eran los culpables de lo que estaba pasando en ese momento, pero ninguno señalaba a los verdaderos culpables, el sistema opresor bajo el cual vivíamos. Al parecer a muchos se les había olvidado que en algún momento tuvimos el derecho a elegir que hacer o que no.

Ya estaba cerca de mi trabajo, me salí de la enorme multitud despidiéndome del pelirrojo que aun lucia entristecido. El portero de mi edificio era un praesidio pero su traje era de color azul oscuro como de costumbre me revisaba antes de entrar para anotar en una hoja cada una de las cosas con las que entraba pues no podíamos tomar nisiquiera un alfiler del lugar, mientras nuestros jefes robaban millones y millones de monedas del presupuesto.

Posterior a la revisión fui a mi lugar de trabajo, la recepcionista como siempre muy amable me dio los buenos días, era una mujer treintañera, de cabello purpura, blanca como el algodón y lentes con una montura violeta, era perfecta para su empleo pues era demasiado entusiasta, no era una amarga como mis compañeras de oficina.

Por algo que realmente no me podia quejar era de mi empleo, muchas mujeres debían sembrar en el campo, limpiar grandes terrenos, ordeñar vacas, recoger huevos, hasta hacer queso inclusive. En mi lugar yo solo debía sacar copias, revisar uno que otros papeles y encargarme de que nunca faltara ninguna clase de suministro.

Pero ese trabajo lo hacía mejor mi superior pues se encargaba de robar suministros del lugar para venderlos en el mercado negro de Currus, allí se vendía a toda la población productos de primera necesidad a quienes pudieran pagarlas, casi todos los establecimientos eran de praesidios o grandes jefes de las corporaciones estadales, esa era la razón por la cual a pesar de que se aprobaran nuevas medidas para luchar

contra la especulación como le llamaban este mercado cada día era más grande.

Allí mi jefa llevaba el material que no le costaba ni una moneda a venderlo casi que 1000% más de lo que valía, allí se podía encontrar todo lo que te pudieras imaginar, pero a alto costo, mis compañeras de trabajo eran una bola de imbéciles e inservibles todos, lo único que hacían era quejarse de las cosas que sucedían, pero no movían ni un dedo para que esto cambiara.

Entre papeles el día se pasó en un abrir y cerrar de ojos, cuando salí a las ocho de la noche rogué a Dios que nadie se hubiera lanzado a las vías del tren de nuevo. Pero al llegar a la estación esta vez sí estaba funcionando, no había tantas personas allí esa noche, luego recordé que era viernes, todas las semanas las personas regresan a casa temprano ese día, por el hecho de que el estado los deja ver televisión por un par de horas, algunos piensan que ellos son buenos por permitirles eso, otros temen que en algún momento nos quiten ese privilegio.

Por mi parte yo recuerdo cuando hacían ocho años atrás podía ver toda la televisión que quisiera, el canal que quisiera, el programa que quisiera, a la hora que lo deseara, eso era lo normal, lo que yo recordaba como normal no esperar la noche de un día a la semana para poder hacerlo, desde que esa nueva medida fue implementada ya no había visto más televisión, pero al menos Charlie disfrutaba el programa educativo que colocaban de vez en cuando.

Al montarme en el vagón este se encontraba completamente vacío, solo podía ver del otro lado del asiento a un tipo que se veía joven con una chaqueta de capucha que cubría toda su cabeza, se encontraba con las rodillas flexionadas, sus brazos cruzados sobre las mismas y su cabeza recostada sobre estos. Por su posición asumí que había tenido un día duro.

Yo apoye mi cabeza sobre el asiento, comencé a sentir los ojos un poco pesados, pero no podía quedarme dormida, cada vez que percibía que pronto me quedaría dormida levantaba mi cabeza, hasta que en un momento mi mochila cayó al suelo, estaba medio abierto por lo que mi botella de agua rodo por el piso haciendo un gran estruendo, esto hizo que mi acompañante de vagón se exaltara para ver que sucedía, para mi sorpresa era Zack el pelirrojo de la mañana quien iba allí.

Le pedí disculpas por el escándalo, el solo se sonrió diciéndome que no me preocupara. Él se levantó para sentarse más cerca de mi lado.

-Perdona que ahora no te quise decir nada de lo que ocurrió, pero tenía

miedo –Mientras él hacia figuras raras con sus manos

-No te preocupes ¿Qué ocurrió ahora Zack? –Pregunté

-Ellos me pidieron 300 aureucoins por dejarme ir o si no me meterían preso, me acusarían de crímenes –Suspire-

-Entiendo le respondí

Si bien el país se había convertido en un caos por los gobernantes, también había sido por muchos ciudadanos, en especial esos que se hacen llamar praesidios, que presumen de honor y honestidad, estaban haciendo lo que mejor sabían robar con licencia, ese pobre muchacho probablemente de no más de veintitrés años de edad cuando mucho ganaría 400 aureucoins al mes, con 100 que le restarían no compraría nisiquiera un poco de queso y algunos huevos que no le alcanzarían para una semana. Estábamos siendo gobernados y resguardados por criminales.

Le pregunté que como había hecho para pagarles, a lo que el respondió que le habían dado un plazo de cinco días para pagarlos, si él no lo hacía irían a buscarlo a su casa para encarcelarlo y llevarlo a juicio, él no tenía esa cantidad, no cobraría hasta en ocho días, no lo conocía, pero me preocupaba su situación de alguna manera. En el trabajo le habían recomendado denunciar eso, pero ¿Con quién lo denunciaría? Con otra rata como ellos que le pediría dinero por cumplir con su trabajo por el cual ya le pagaban.

Entonces él me dijo casi que en susurros que estaba planeando huir de la ciudad antes de que pasaran esos cinco días, además no solo huiría de la ciudad, sino que también se aventuraría a cruzar la frontera a otro país.

Me pareció una locura su idea pues la frontera estaba blindada nadie podía entrar ni salir al menos no por tierra o que tuviera un permiso especial que otorgaban ellos a un precio de 5000 aureucoins que equivalían a pasar un poco más de un año sin gastar ni una sola, pero sin embargo quise conocer como planeaba hacerlo a lo que me dijo que aún no tenía un plan específico pero que lo idearía pronto.

Él parecía estar muy seguro de que, si lo lograría, me gustaría poder haber sentido esa confianza que tenía él en ese instante en algún momento del pasado, nunca la tuve por eso me quede atrapada en esa nación, cuando mamá y papá huyeron pidiéndome que me quedara allí con Charlie ya que ahí podíamos terminar nuestros estudios mientras que en otra nación no, debí no haberlos escuchado, debí haberme ido junto

con ellos.

Por supuesto, eso fue algunos meses antes de que nos terminaran de cercar, antes de eso podía hablar con ellos por videochat, hasta que entro en vigencia esa nueva ley de restricción de la internet en la que nadie ajeno al estado todopoderoso podría utilizar los beneficios de las mismas, mamá y papá solían enviar dinero que nos ayudaba en muchas cosas, hasta que entro en vigencia también una ley en la que todo el dinero que entrara en las cuentas bancarias era del estado.

Para algunos teníamos todos, debíamos ser envidiados por otros estados por tenerlo todo porque nos "lo regalaban todo" aunque fueran miserias, pero realmente ¿Valía la pena eso? De mi sueldo de 400 aureucoins me descontaban al menos 300 de ellos para gastos públicos, incluía luz, agua y la comida que a veces llegaba y otras veces no.

- ¿Puedes ir conmigo? –Preguntó él

Esa pregunta me dejo algo estupefacta, él no me conocía y me ofrecía ir con él, independientemente de todo inclusive lo pensé en ese momento, porque a pesar de todo yo también quería huir. Él se me quedo mirando fijamente esperando respuesta. Yo me quede en silencio, no sabía que decir podía ser una trampa, podría decirle que si, pero me arriesgaría a que fuera una trampa caza tontos. Pues otra de las cosas que se veían era que quienes fueran descubiertos en planes de huida se los llevaban para encarcelarlos por traición la pena era de unos veinte a treinta años.

Para hacerlo todo más divertido a quienes delataban a otros les entregaban una caja con suministros extra. Aunque mi mente quería decirle que no, mi corazón fue más sincero por lo que le dije que no sabía, que lo pensaría. Al notarme insegura, me pidió me calmara que no me delataría, que confiara en él, como él lo estaba haciendo en mí en ese momento.

Pero confiar era algo tan difícil en esos tiempos en los que cualquiera puede traicionarte para conseguir su beneficio propio, no podía confiar ni en mi sombra porque cuando menos me lo esperaba volteaba y no estaba allí. Le respondí que lo pensaría, en ese momento los parlantes anunciaron que habíamos llegado a la estación Paradis, la cual era la mía al igual que la de él.

Me bajé casi que, corriendo, fui rápido a las escaleras para dejarlo atrás, sin parar de preguntarme ¿Podía confiar en él?